

Cuadernos de Ideas **23**

---

---

---

---

## **Psicoanálisis y Universidad**

**GONZALO MIRANDA  
NIKLAS BORNHAUSER  
ESTEBAN RADISZCZ**

Universidad Católica Silva Henríquez

Vice Gran Canciller  
*Carlos Ordoñez Valenzuela, sdb*

Rector  
*Sergio Torres Pinto*

Vicerrector Académico  
*Rodrigo Fuentealba Jara*

Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez

Consejo Editorial

*Lucía Araya Venegas*  
*Justino Gómez de Benito*  
*Rodrigo Fuentealba Jara - Presidente*  
*Manuel Loyola Tapia - Secretario Ejecutivo*

Secretaría Ediciones UCSH  
*Oriana Saldivia*

Dirección  
General Jofré 462, Santiago  
Teléfono: 56-2- 4601144 • Fax: 6345508  
Correo electrónico: publicaciones@ucsh.cl  
Web: [www.edicionesucsh.cl](http://www.edicionesucsh.cl) - [www.ucsh.cl](http://www.ucsh.cl)

PSICOANÁLISIS Y UNIVERSIDAD  
Tres conferencias

© Ediciones UCSH  
Primera Edición, abril, 2008.  
ISSN 0718-266X

Diseño y Diagramación: Fabiola Hurtado Céspedes

Impreso en LOM ediciones

Ninguna parte de esta publicación, incluyendo el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia sin autorización previa del editor.

# Cuadernos de Ideas

**E**s una iniciativa de divulgación de artículos, conferencias e intervenciones realizadas a instancias de la vida académica de la Universidad Católica Silva Henríquez. De contenidos temáticos variados, esta publicación busca aportar al público interesado perspectivas de opinión diversas, estimulando la reflexión y la lectura.

Los contenidos de Cuadernos de Ideas, son de exclusiva responsabilidad de los autores publicados, no comprometiendo necesariamente la posición oficial de esta Universidad.

# Presentación

**D**urante el año 2007, una serie de universidades, más específicamente escuelas y departamentos de Psicología, decidieron agruparse para intercambiar experiencias y debatir acerca de la enseñanza del psicoanálisis en sus instituciones. En el camino, se acordó organizar un congreso de alto nivel en 2009, capaz de relevar la problemática de la inserción del psicoanálisis en los contextos universitarios.

A continuación se exponen tres trabajos presentados en el primer encuentro preparatorio para dicho congreso, realizado en el Museo de Arte Contemporáneo de Santiago, el 29 de octubre de 2007.

Las exposiciones han sido editadas por sus propios autores, y puestas a disposición para su publicación, con el fin de promover la discusión en un tema que destaca por su ausencia en nuestro país.

# Psicoanálisis $\diamond$ Universidad

Gonzalo Miranda Hiriart\*

Como saben, este es el primero de una serie de eventos que van preparando un congreso que vamos a realizar en un par de años más para discutir sobre el lugar del psicoanálisis en la universidad. Personalmente hubiese preferido titularlo como “Psicoanálisis  $\diamond$  Universidad”, utilizar esa figura a la que Lacan saca tanto provecho como es el rombo, para designar un tipo de vínculo entre dos conceptos que puede ser paradójico pero que necesitamos suponer, que designa a la vez inclusión y exclusión, menor y mayor, etc. Pero entiendo que un título así para un congreso sería poco amigable.

Digamos en primer lugar que el tema que estamos abordando no es nuevo, aunque no por eso se trata de un asunto resuelto. Desde sus orígenes y hasta hoy, el psicoanálisis se ve tensionado por dos instituciones sociales que curiosamente nacen cercanas en el tiempo y el espacio: el hospital y la universidad. El 1918 Freud escribe un pequeño artículo titulado “¿Debe Enseñarse Psicoanálisis en la Universidad?”<sup>1</sup> y que fue publicado en húngaro poco antes que Ferenczi asumiera la primera cátedra de psicoanálisis que se conoce como tal, y como nos recuerda James Strachey –son los detalles atractivos de la historia–, nombrado por los bolcheviques. En esas páginas, Freud recuerda que si el psicoanálisis nace fuera del contexto académico no fue por una cuestión de principios, sino más bien por las circunstancias. De hecho, señala que las asociaciones psicoanalíticas deben su existencia justamente a la exclusión del psicoanálisis de la universidad. Sería interesante imaginar cuál hubiese sido la deriva del psicoanálisis si a Freud le hubiesen ofrecido un puesto de profesor (una cátedra) o investigador, lo que probablemente habría sido en una escuela de medicina. En el

---

\* Psicólogo de la Pontificia U. Católica de Chile, Magíster en Psicología Clínica y estudiante del doctorado en Salud Pública de la U. de Chile. Profesor de las universidades Católica Silva Henríquez y Alberto Hurtado.

<sup>1</sup> Freud, S. (1919/2003). *Obras Completas Vol. XVII B*. Aires: Amorrortu.

artículo que les menciono, Freud está pensado fundamentalmente en la inclusión del psicoanálisis en la formación de médicos y psiquiatras. Se suma a las críticas de unilateralidad de la educación médica, que se orienta sólo a la anatomía, la física y la química, dejando de lado los elementos psicológicos involucrados en la enfermedad y la curación (podemos ver que en 90 años las cosas han cambiado muy poco). Y sugiere que el psicoanálisis debiera formar parte de una línea destinada a explorar las relaciones entre la vida anímica y la somática. Crítica también la formación psiquiátrica, centrada sólo en la descripción de cuadros –por lo demás concebidos como incurables– sin ninguna comprensión de los fenómenos que se observan en los enfermos.

Probablemente, acá hay muy poco público que provenga del ámbito médico; el psicoanálisis no forma parte del curriculum de las escuelas de medicina, ni siquiera como una curiosidad. La tónica es que en los encuentros de psicoanálisis en nuestro país, haya más bien asistentes que provienen de las ciencias sociales. Es curioso, porque si bien Freud apuesta a que el psicoanálisis puede aportar revelaciones importantes para lo que él llama filosofía (se refiere más bien a la literatura y la mitología), su destinatario primordial son los médicos. Por lo menos en esta época. Al mirar la historia, podemos ver que se produce una suerte de bifurcación del psicoanálisis: por una parte, en especial en Estados Unidos, se transforma en una subespecialidad médica –bastante periférica por lo demás– y, por otra, particularmente a través de la Escuela de Frankfurt, se integra al debate filosófico y sociológico sobre la modernidad del siglo XX. Y la psicología –que ha llegado a convertirse en la profesión mayoritaria entre los estudiantes y practicantes de psicoanálisis– al estar en medio y en ninguna parte, se divide entre estos dos polos. Por eso lo que hace Lacan es notable, porque no acepta tener que ubicarse de uno u otro lado.

Bueno, hace noventa años, Freud concluye que el psicoanálisis puede prescindir de la universidad, y que si bien se trataría de un estudio preliminar el que se puede hacer de la ciencia psicoanalítica en un contexto universitario, sólo ve beneficios de esta vinculación y se muestra entusiasta ante la idea<sup>2</sup>.

En esa misma fecha –estamos hablando poco después de la Revolución Rusa y poco antes de terminar la Primera Guerra Mundial– Freud

---

<sup>2</sup> Ibid.

presenta, también en Budapest, en el 5º Congreso Internacional de Psicoanálisis, su famosa conferencia sobre *Los Caminos de la Terapia Analítica*, donde habla de la masificación del psicoanálisis, de los derechos de los pobres a la terapia anímica, y de la posibilidad de combinar el oro del psicoanálisis con el cobre de la sugestión y la hipnosis. En dicha conferencia Freud propone lo que se conoce como la regla de la abstinencia, ya sea como intervención activa del analista sobre las satisfacciones sustitutivas a las que puede echar mano el paciente tras el levantamiento de los síntomas, o como el cuidado que debe tener el analista con las satisfacciones que el paciente puede encontrar en el mismo tratamiento, en especial, en la relación con su médico. Reconoce que a veces llegan sujetos “a tal punto desorientados e ineptos para la existencia que, en su caso, es preciso aunar el influjo analítico con el pedagógico (...) Pero esto se debe hacer con gran cautela, no se debe educar al enfermo para que se asemeje a nosotros sino para que se libere y consume su propio ser”<sup>3</sup>. Agrega que “el psicoanálisis no se puede poner al servicio de una determinada cosmovisión filosófica e imponérsela al paciente a fin de ennoblecerlo” (...) eso “sería un acto de violencia, por más que se invoquen nobles propósitos”<sup>4</sup>. Vale decir, finalmente, la abstinencia psicoanalítica no se trata de si se saluda de mano y no de beso, si se puede poner una foto de la familia en la consulta, o de si dirige al paciente de usted y no de tú, y esa reglas obsesivas que han impuesto quienes confunden el dispositivo analítico con el setting. De lo que debe prevenirse el analista es de educar, y educar es poner en juego un deseo definido en la relación. De hecho, sin deseo no hay acto pedagógico. Me atrevo a decir que su fracaso en estos días tiene mucho que ver con la tecnificación de la pedagogía en ausencia de todo deseo.

Como en otros, en este texto Freud sitúa el campo del psicoanálisis, si no en oposición, a lo menos como distinto al campo educativo. Hay que recordar que el psicoanálisis nace en medio de la polémica sobre la sugestión que había relevado la Escuela de Nancy, y que hacía preguntarse en qué medida las nuevas psicoterapias que se habían puesto de moda en la época no eran sino una reencarnación del desprestigiado tratamiento moral. Freud no es muy pródigo al momento de mencionar

---

<sup>3</sup> Freud, S. (1919/2003) “Nuevos Caminos de la Terapia Psicoanalítica”, en *Obras Completas Vol. XVII*. B. Aires: Amorrortu, p. 160

<sup>4</sup> *Ibid.* p. 161

a sus contemporáneos, pero la verdad es que se trató de un debate que involucró a parte importante de la intelectualidad europea –hasta el mismo Wundt se vio obligado a opinar–, debate que de ningún modo está cerrado. Si bien, cuando Freud habla de educación, parece estar pensado en la domesticación del niño, en la renuncia pulsional a la que éste se ve obligado como parte de su civilización –o inserción social–, nosotros no tenemos por qué dejar fuera del campo educativo a lo que ocurre en la universidad. Sobre todo si releemos la acción educativa a la luz de los fenómenos identificatorios tal como los expone *Psicología de las Masas y Análisis del Yo*. Vale decir, podemos encontrar un parentesco entre sugestión y educación –ya sea en el seno familiar, en el colegio o en la universidad– cuando analizamos la psicología del poder, los procesos de identificación y formación de ideales. Detrás de todo está lo revelado como trasferencia, y lo que lo que coloca en campos diferentes al proceso pedagógico-sugestivo y al proceso analítico está en lo que se haga o se deje de hacer con ésta.

Por eso, hablar del lugar del psicoanálisis en la universidad no es algo trivial. Desde luego, se trata de un asunto que se puede abordar desde distintos puntos de partida; desde la relación entre educación y psicoanálisis, desde lo que es la transmisión del psicoanálisis, el lugar y tipo de saber de los psicoanalistas, y su formación. Tiene también una arista política, e interroga por el lugar del psicoanalista en las instituciones. Es también una cuestión que toca a lo que se llama psicoanálisis aplicado... Cuando hablemos de la universidad, tenemos que referirnos a la enseñanza del psicoanálisis, pero también, a su incidencia, político, social, cultural.

Quienes estamos en esta mesa hablando hoy trabajamos en universidades. Lacan dictó durante años su seminario en un contexto universitario. Sin embargo, la relación entre psicoanálisis y universidad es algo problemático y, si no, merece ser problematizada. Habría que indagar cuáles son las razones –no creo que sean las mismas–, pero en las distintas corrientes y asociaciones psicoanalíticas se asume que la universidad no es el espacio donde se forman los psicoanalistas. Supongamos que sea porque el psicoanálisis es un saber que no se trasmite como cualquier otro. Pero eso no es todo lo que podemos decir al respecto.

En este punto, me parece necesario hacer un paréntesis para recordar que ni el psicoanálisis ni la universidad son realidades inmutables.



Aunque no lo crean, a veces es necesario decir cosas tan obvias como estas. Vivimos tiempos donde tanto al interior de la universidades como en los movimientos psicoanalíticos abunda la nostalgia. Sin duda, la universidad de hoy –y haciendo la ficción de que hay una única universidad en el mundo– no es la que conocieron Freud y Lacan. Y el psicoanálisis también ha recorrido caminos nuevos. Tenemos que hablar entonces del ahora de la universidad y del ahora del psicoanálisis cuando queramos explorar sus posibles vínculos.

Ante el hecho evidente de que los psicoanalistas no pueden ser insensibles e inflexibles frente a los distintos contextos espacio-temporales en los que se desarrolla su práctica, Graciela Brodsky, Delegada de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, hacía la siguiente pregunta hace unos años en Caracas: “si las condiciones de aplicación del psicoanálisis varían ¿A qué llamamos psicoanálisis? ¿A qué principios fundamentales no podríamos renunciar sin degradarlo?”<sup>5</sup>. Me parece que esa es la pregunta central que debiésemos estar haciéndonos los psicoanalistas donde quiera que estemos trabajando, en la consulta o fuera de ella. Para efectos de esta presentación, podría reformularse más o menos así: ¿Cuál es el lugar posible para el psicoanálisis en la universidad sin llegar a traicionarse a sí mismo? Eso, si es que le vemos algún sentido a que el psicoanálisis esté en las universidades, más allá de las satisfacciones exhibicionistas y narcisistas que puedan obtener allí los psicoanalistas, y que no sea algo meramente instrumental, como el uso de la tribuna universitaria para captar pacientes y discípulos. Suponiendo que eso no se da en nuestro medio, ¿Cuál sería entonces el lugar del psicoanalista en una institución como la universidad? Eso es lo que vamos a tratar de ir respondiendo de aquí hasta el 2009. Y ya podemos avanzar en algunas cosas.

Partamos diciendo que todo lo que haga un psicoanalista, en tanto tal, tiene que estar articulado con la hipótesis del inconsciente. Eso quiere decir que, por definición, el otro me es opaco y único, y que eso es algo que se debe respetar. Sobre eso, se puede hacer cualquier cosa. Esta disposición fundamental tiene consecuencias en cómo se aborda la terapéutica, pero también en cómo se hace teoría. El analista en la

---

<sup>5</sup> En Giraldo, M.C. (2004) “La aplicación del psicoanálisis y la transferencia”, en *The Wannabe* N° 69. Revisado en [www.amp.com/wannabe/w.69](http://www.amp.com/wannabe/w.69) en 25 de octubre de 2007.

clínica, pero también en la enseñanza, camina siempre por los contornos de la ignorancia respecto de su objeto de estudio. Por lo mismo, la teoría no se ofrece como un todo cerrado a ser replicado y reproducido en los aprendices. El saber psicoanalítico ha de ser reinventado por cada uno en su subjetividad. Lo difícil de soportar de la enseñanza de Lacan se debe a su extraordinaria coherencia en este punto. No dicta sus seminarios con la aspiración de socializar un cuerpo conceptual sin equívocos, sino, más bien, para provocar trabajo. Por eso se padecen. No es fácil compatibilizar esto con la demanda de claridad que proviene de los contextos educativos actuales. Al igual que el analista, la tarea del profesor de psicoanálisis es reenviar, en la medida de lo posible —y ese posible implica transferencia— dicha demanda al estudiante. Es necesario, en ese sentido, crear las condiciones para que emerjan las preguntas —es lo que podríamos llamar histerización del estudiante—, y para que dichas preguntas no se cierren prematuramente. Unido a lo anterior, tenemos que estar advertidos de los fenómenos de comunión grupal, y de los posibles usos del psicoanálisis como ficción identificatoria. Si bien las universidades son cada vez más un lugar de habilitación profesional, siguen siendo espacio fértil para que surjan grupos que disponen del psicoanálisis como un significante al cual alienarse.

Hasta aquí vamos bien. Sin embargo, en el seminario 17, *El Reverso del Psicoanálisis*, Lacan introduce una lectura política de la universidad al momento de formalizar las diferencias entre el discurso psicoanalítico y el discurso universitario, discurso, este último, que representa al amo modernizado, la tiranía del saber dice Lacan<sup>6</sup>. El saber ha ido a parar al lugar del orden; en lugar del amo clásico se instala el imperativo categórico “sigue sabiendo”. Esto nos hace mucho más cautos en nuestra reflexión. A simple vista, ya no habría comunión posible entre el psicoanálisis y la universidad. A menos que se entienda como una cuestión de psicoanálisis aplicado. Ya hemos dicho que no hay curso ni plan de estudios que pueda acreditar una condición de psicoanalista. Pero eso no quiere decir que los psicoanalistas no tengan nada que hacer en la universidad. Tampoco hay que entender la existencia de postgrados de psicoanálisis como una tragedia. Por el contrario, hay que observar esto en paralelo con la inserción del psicoanálisis en los centros de atención primaria de salud, en los colegios, en los tribunales,

---

<sup>6</sup> Lacan, J. (1969-70/2000) *El Seminario Libro 17: El Reverso del psicoanálisis*. B. Aires: Paidós.

etc.; no sólo como algo posible, sino incluso como deseable. No hay que sentir culpa o decir en voz baja, como quien denuncia un vicio transitorio, que se gana el pan de cada día trabajando en algo que no es la consulta privada; y como si eso fuera garantía de que lo que ocurre ahí es verdaderamente psicoanálisis. Desde hace un tiempo que se viene hablando de la “acción lacaniana”, como una nueva aproximación a lo del psicoanálisis aplicado. Se trata de cómo poner en juego el deseo del analista por fuera del dispositivo analítico, lo que significa, en la práctica, leer los hechos e intervenir en ellos a la luz de la pregunta ¿cómo hacer para que un sujeto ahí advenga? Si el saber universitario ocupa hoy un lugar central en la distribución del poder asociado a los nuevos modos de producción ¿puede haber acción lacaniana dentro del corazón mismo del amo moderno? Eso suena algo cómico. Como preguntarse si hubiese valido la pena –y por qué– la presencia de un psicoanalista en la corte de Luis XIV en el siglo XVIII, o en el gabinete de Portales, en el FMI o nuestro Parlamento hoy... pero es el quid del asunto.

Dejemos esto por ahora y preguntémonos desde otro ángulo por el sentido que podría tener para el psicoanálisis insertarse de manera particular en un contexto universitario. Lacan dice en 1967 que “los psicoanalistas son los eruditos de un saber del que no pueden conversar”<sup>7</sup>. Se trata del saber sobre el deseo humano, y no de una “mistagogía sobre el no saber”<sup>8</sup>. Por eso, no renuncia a sistematizar su práctica y transmitir algo de eso. Es más, teorizar y debatir es para el analista una exigencia ética, pues debe fundar en razón lo que hace, exponerse ante otros y dejarse evaluar por otros discursos. Así como el analista evalúa otras prácticas a la luz de la pregunta por el sujeto en su singularidad, también se deja evaluar. En ese sentido, la universidad puede ser un agente preventivo contra el oscurantismo psicoanalítico, en especial si se trata de no hablar entre pares. Ante la tendencia siempre latente al esnobismo psicoanalítico, por una parte, y el mutismo de la ley científica que silencia los espacios universitarios, por otra, los psicoanalistas pueden intentar devolver el valor de la palabra en el campo social que llamamos universidad. Siguiendo la idea de “conversación”<sup>9</sup> que trabaja

<sup>7</sup> Lacan, J. (1967/1993) Del psicoanálisis en sus relaciones con la realidad, en *Intervenciones y Textos*, B. Aires: Manantial, p. 54.

<sup>8</sup> *Ibid*

<sup>9</sup> Miller, J.A. (1999) Seminario de investigación: “Introducción al post-analítico”, en *El Peso de los Ideales*. B. Aires: Paidós.

J. A. Miller en el seminario "Introducción al post-analítico", dictado en 1998 en Buenos Aires, podríamos decir que la universidad debiera ser para el psicoanálisis ante todo un lugar de conversación. Y por cierto, si decimos que el psicoanálisis representa el retorno del sujeto excluido por la ciencia, debemos entrar al debate epistemológico contemporáneo, y hacer investigación, como disciplina de frontera.

Hay un texto de E. Laurent titulado *El Analista Ciudadano*<sup>10</sup>, donde cuestiona la posición de los analistas de izquierda como intelectuales críticos. Se refiere a Francia, obviamente. En otras latitudes, los psicoanalistas no se sentirían aludidos, pues, como decíamos, se consideran más bien médicos especialistas. Acá en Chile tampoco, pues en general, los psicoanalistas no son intelectuales, no son críticos, ni son de izquierda; o si lo son, no se les nota. Se refiere al analista instalado en la posición de denunciante, al margen, algo que ya no se puede sostener, dice: "hay que pasar del analista encerrado en su reserva, crítico, a un analista que participa, un analista sensible a las formas de segregación, un analista capaz de entender cuál fue su función y cuál le corresponde ahora"<sup>11</sup>. Eso lo lleva a subrayar la complicidad del psicoanálisis con la democracia. Suele no haber psicoanálisis en los regímenes evidentemente totalitarios. Pero lo más importante es que el psicoanálisis viene desde hace más de un siglo reivindicando el derecho a la palabra, a la palabra de la histérica, del loco, del niño, etc. y, por lo mismo, tiene una posición quizás privilegiada para reconocer los nuevos totalitarismos, y eso no indiferente a lo que puedan hacer los psicoanalistas en las universidades. En tiempos de políticas sociales pseudocientíficas y estandarizadoras, "los analistas no sólo han de escuchar, también deben transmitir la humanidad del interés que tiene para todos la particularidad de cada uno"<sup>12</sup>.

Como dice Jorge Alemán, que el psicoanálisis no sea un humanismo no quiere decir que sea un antihumanismo<sup>13</sup>. Yo prefiero decir que hay un humanismo lacaniano, que no es el de la filosofía occidental, aquel que supone que la conciencia de sí es el atributo humano por excelencia. El humanismo lacaniano es aquel que ubica la vida humana

---

<sup>10</sup> Laurent, E. (2000) *El analista ciudadano*. En *Psicoanálisis y Salud Mental*, B. Aires: Tres Haches.

<sup>11</sup> *Ibid*, p. 115.

<sup>12</sup> *Ibid*, p. 116 -117.

<sup>13</sup> Alemán, J. (1993) *Cuestiones Antifilosóficas en Jacques Lacan*, B. Aires: Atuel.

en el registro de la demanda y el deseo, no en el de la necesidad. Por lo tanto, se puede pensar en enfoques teóricos cuyas consecuencias son brutales; se pueden denunciar prácticas inhumanas, y formas de vida infrahumanas desde el psicoanálisis. Y la universidad aún puede ser un buen lugar donde hablar de esto.

# Psicoanálisis y universidad: la función de la crítica como una posibilidad para el diálogo

Niklas Bornhauser\*

Las relaciones entre el psicoanálisis y la universidad, desde los inicios de la práctica y teoría psicoanalítica, han sido complejas. Una somera revisión histórica de la imbricada trama de sus contactos, roces y desencuentros, revela que la inserción del psicoanálisis en la academia, más que un hecho, es un problema.

El examen del enrevesado plexo asociativo que pone en relación a ambos términos entre sí, devela que estas van mucho más allá de su simple conjunción, tal como la pudiera expresar el conectivo «y», y que su análisis, en la medida en que pretenda ir más allá de los reduccionismos y las sobresimplificaciones esquematizantes, requiere que se considere la pluralidad y multiplicidad de posibles correspondencias, conexiones y ligazones que se puedan establecer entre ellos. Desde luego que semejante estudio, al menos en la medida en que se pretenda exhaustivo, excede con creces el propósito de esta exposición.

Más que revisar, de manera pormenorizada, la trama histórica que asocia —y disocia— el psicoanálisis y la universidad, a continuación quisiera exponer y poner a prueba la siguiente hipótesis: existe una determinada propiedad del discurso psicoanalítico, a saber, su dimensión crítica, que permite pensar su inserción en el espacio universitario sin por ello sacrificar aquello que lo distingue, precisamente, como una práctica tanto discursiva como no-discursiva, corrosiva y subversiva, irritante e incómoda, al menos para los poderes ajenos. Dicha propiedad consiste

---

\* Psicólogo de la U. Diego Portales, doctor en Filosofía de la U. Complutense de Madrid. Profesor de las universidades Diego Portales, Alberto Hurtado y Católica Silva Henríquez.

en su carácter o potencial crítico, una hipótesis que intentaré poner a prueba en lo que sigue.

Actualmente, cuando en el habla cotidiana se emplea el término «crítico», se hace en el sentido de «una situación o un estado crítico», tal como uno lo hace al hablar de «un paciente crítico», lo que equivale a decir que algo debe ser objeto de particular atención y preocupación, pues «no marcha bien». Generalmente connota un estado de cosas precario, frágil, tenue o perecedero, designando un objeto —o varios— cuya sobrevivencia o permanencia está puesta en riesgo. De este modo, cuando en el campo del deporte, específicamente del fútbol, se recurre a dicha expresión, habitualmente ello expresa la preocupación por el pasado, presente o futuro deportivo (o económico, como sucede en el caso de la mayoría de los clubes chilenos, aquejados crónicamente por problemas de iliquidez e insolvencia) del equipo en el cual están puestas las ilusiones del hincha o fanático en cuestión.

Podríamos inferir, por ende, que el calificativo «crítico» se encuentra vinculado, de una manera que aún cabe precisar, al menos en el habla ordinaria, a la subsistencia, la existencia y la persistencia de «las cosas». Efectivamente, al momento de preguntarse por cuál es el conjunto de significaciones que se suelen asociar al término crítica desde este proceder, que parte del análisis del habla rutinario y corriente, uno, en principio, podría colegir que lo crítico se relaciona con una cierta amenaza, un peligro de fin, de término o de disolución. Sería, por consiguiente, una señal de un signo de una amenaza, más específicamente, del peligro de muerte que arroja sus sombras sobre el status quo, correspondiéndose, por ende, hasta cierto punto, con una señal de angustia, que advierte acerca de la inminencia del peligro de expiración y muerte.

La crítica en vez de ser algo estático y consolidado, una determinada constelación, solidificado al modo de un momento o un estadio, haciendo eco de sus resonancias cáusticas y corrosivas, es más bien un proyecto, una aspiración o una empresa, y, más precisamente, un proyecto dinámico, plástico y móvil, que se conforma y se deshace, se formula y reformula incesantemente. Más que sustancia, ser o esencia, la crítica se asemeja a un instrumento, medio facilitador de un porvenir o una verdad, siempre incierta y preliminar, ignorada por ella misma. En la medida en que la crítica es una mirada inquisidora, polémica, indagadora sobre un cierto dominio, ella será esa perspectiva sobre

las formas de conocimiento establecidas y ordenadoras que no está inmediatamente asimilada a tal función ordenadora.

Si todo pensamiento, incluso o ante todo el pensamiento cuestionador, requiere develar y examinar las formas de justificación de su propia aproximación, se puede inferir, tal como se desprende de lo argumentado por Foucault en *L'archéologie du savoir*, que el pensamiento tiene no solamente la libertad sino incluso el deber de tomar una perspectiva crítica respecto de su propia constitución, quitándole a las cosas su engañosa «familiaridad». La crítica, por lo tanto, puede ser repensada como una práctica en la que se formula y se hace patente la pregunta por las limitaciones y los límites de los más seguros y asegurados modos de conocimiento, de lo que Williams designó justamente como los "hábitos mentales acríticos"<sup>14</sup> y lo que Adorno describió como ideología al afirmar que "el único pensamiento no-ideológico es aquel que no puede reducirse a *operational terms*, sino que intenta llevar la cosa misma a aquel lenguaje que está generalmente bloqueado por el lenguaje dominante"<sup>15</sup>. Para que la crítica opere como parte de una "práctica material", según Adorno, tiene que captar los modos en que las propias categorías se instituyen, la manera en que se ordena el campo de conocimiento, y cómo lo que este campo suprime retorna, por así decir, como su propia occlusión constitutiva.

Con respecto a la clásica crítica de la ideología, antecedente inmediatamente evocado por la referencia a Adorno, cabe esclarecer que desde esta concepción de crítica no se trata, justamente, de oponer un llamado pensar crítico a las formas "ingenuas", distorsionadas o protocientíficas de aprehensión de la realidad, sino de un ejercicio que devela las limitaciones de las perspectivas disciplinarias y apunta a cuestionar las categorías filosóficas utilizadas habitualmente con tal de reafirmar una determinada *Weltanschauung*. Dicho estilo (crítico) del pensar, históricamente asociado a los llamados maestros de la sospecha<sup>16</sup>, que interroga y cuestiona las formas discursivas hegemónicas o dominantes, constituidas sobre el encubrimiento o el ocultamiento,

<sup>14</sup> Williams, R.: *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2000, p. 87.

<sup>15</sup> Adorno, T. W.: *Prismas. La crítica de la cultura y la sociedad*. Barcelona: Ariel, 1962, p. 23.

<sup>16</sup> Ricoeur, P.: *De l'interprétation. Essai sur Freud*. Paris: Seuil, 1965 (traducción al castellano Ricoeur, P.: *Freud. Una interpretación de la cultura*. México: Siglo XXI, 1983).



apunta a recuperar la posibilidad de que los sujetos, a pesar de sus limitaciones intrínsecas y extrínsecas, pueden lograr transformar sus condiciones de vida y sus respectivos contextos, e incluso, quizá, reconstruir sus sueños de una segunda emancipación.

Rescatando su ubicación fronteriza y liminar, en el sentido de que se sitúa en un lugar precario en tanto intermedio, interpuesto entre el ser y el perecer, se podría añadir que dicho proyecto se hace y deshace no en el seno disciplinario de las diferentes prácticas discursivas asociadas a las Ciencias Humanas y Sociales, sino que se funda, sin llegar a consolidarse definitivamente, en las mismas fronteras del pensar. Tiene que ver, por consiguiente, con lo que «se hace» en un determinado momento histórico y con lo que se encuentra excluido, desterrado, suprimido a partir de la hegemonía dogmática ejercida por las prescripciones disciplinarias. “No se trata de referir la práctica a un contexto epistemológico dado de antemano, sino de establecer la crítica como la práctica que cabalmente expone los límites de ese mismo horizonte epistemológico, haciendo que los contornos del horizonte, por así decir, aparezcan puestos en relación con su propio límite por vez primera”<sup>17</sup>.

Se podría decir, entonces, inscribiendo estas formulaciones aún en el marco de lo provisional y de lo efímero, que la crítica acaso puede ser entendida no tanto desde su acepción substantiva, esencialista o ingénita, sino, más bien, por su vertiente adjetiva, es decir, como una modalidad, un estilo o una forma, una determinada manera de pensar, de hablar y de actuar, de establecer una cierta relación con lo que se sabe, se dice y se hace. Dicho modo supone, asimismo, un ejercicio, una actividad o una práctica, que se despliega desde o a partir de un determinado lugar que se establece, precisamente, en oposición al método, a la manera establecida y reglamentada del pensar prescrita desde la doxa científicista.

A propósito de lo anterior, en lugar de «la» crítica a secas –lo que, en primer lugar, supone adherir a la idea tradicionalista y conservadora, de una sustancia o esencia concebida al modo de la tradición metafísica occidental, y, en segundo lugar, presume el carácter único,

---

<sup>17</sup> Butler, J.: "What Is Critique? An Essay on Foucault's Virtue" en Ingram, D. (ed.). *The Political. Readings in Continental Philosophy*. London: Basil Blackwell, 2002, p. 218.

unitario y exclusivo de dicha sustancia –parece más prudente hablar, entonces, de una determinada actitud crítica. De esta manera, la crítica no sería una sola cosa, una entidad única, separable y distinguible de manera fija y autorreferente, sino que, más bien, “parece conducida por naturaleza, por función, diría que por profesión, a la dispersión, a la dependencia, a la pura heteronomía [...] no existe más que en relación con otra cosa distinta a ella misma”<sup>18</sup>. En ese sentido, la crítica es siempre crítica de alguna práctica, discurso, episteme o institución y, de inmediato, pierde su carácter distintivo en el momento mismo en que se abstrae de esta forma de operar y se la aísla como una práctica abstracta generalizable.

La crítica, en ese sentido, no es que exista aisladamente, por ella sola, como un en sí, de manera aislada y autónoma, sino que únicamente existe en tanto es puesta en relación; y, más precisamente, se podría decir que existe no solamente en relación, sino en relación con algo radical y cualitativamente diferente a ella misma. Lo anterior, si bien, en la medida en que se infiere a partir de una teoría del lenguaje que conciba a éste como una estructura –incompleta, agujereada, en falta– de un conjunto de relaciones de oposición, se aplica a todo término o significativo –para llamar las cosas por su nombre–, en el caso de la crítica adopta un significado particular e inconfundible.

La actitud crítica, de acuerdo con lo anterior, se constituye –y disuelve– en oposición a la autoridad despótica e inapelable de las formaciones ideológicas institucionalizadas, al arbitrio incuestionable de la doctrina, al reinado irrevocable de la comprensibilidad de suyo, de la evidencia natural de las cosas materializada en el dominio ciego e irrefutable del llamado sentido común. El ámbito al interior del cual se consolida –sin jamás llegar a consolidarse definitivamente–, el terreno, entonces, en el cual se cimienta la actitud crítica, es el delgado pero pétreo contorno que separa lo decible de lo indecible, aquello que establece la separación entre el adentro y el afuera, entre aquello que es legítimo, verdadero y real, por otra parte, lo que no lo es. Se inscribe, entonces, en los bordes del orden del discurso, en la delgada pero infranqueable franja delimitada por cierto número de formalismos y procedimientos, que tienen por función controlar, seleccionar y redistribuir los poderes y

---

<sup>18</sup> Foucault, M. «¿Qué es la crítica? (Crítica y Aufklärung)» en *Sobre la Ilustración*, Madrid: Tecnos, 2006, p. 4-5.

peligros con el propósito de domar y someter el acontecimiento aleatorio e imprevisible y, por ello, perturbador.

En relación con el orden reinante al interior del híbrido y heterogéneo universo configurado por los diferentes y desiguales discursos puestos en circulación, entre los procedimientos externos que controlan, delimitan y regulan tanto la producción como la puesta en circulación de los discursos se encuentra una serie de mecanismos reguladores, organizados, más allá de su dispersión y heterogeneidad aparentes, en torno a la función de exclusión<sup>19</sup>. En primer lugar, para partir por el más evidente y el más familiar de ellos, se encuentran los diversos procedimientos de prohibición, cuya tarea consiste en establecer que no se tiene derecho a decirlo todo, que no se puede hablar de todo, ni en cualquier circunstancia, en fin, que no se puede hablar de cualquier cosa. Restricción o limitación del objeto, ritual o ceremonia de las circunstancias, derecho exclusivo o privilegiado del sujeto de la enunciación; he ahí el imbricado juego de tres tipos de prohibiciones que se entrecruzan, se refuerzan y potencian recíprocamente, formando una compleja y extensa malla de vigilancia y de control, levantada con el propósito de cuidar y guarecer las vinculaciones entre el discurso, el deseo y el poder. En segundo lugar, de manera adicional a los diferentes procedimientos de prohibición, se puede distinguir un principio consistente en la separación y el rechazo. Probablemente, el ejemplo más claro y más estudiado de ello, y precisamente por ello no me voy a detener en su análisis y conformarme con su mera mención, sea la oposición entre la razón y la locura. Dejo, entonces, enunciado este punto pasando al tercero y último de los procedimientos externos de control, a saber, la oposición entre lo verdadero y lo falso. Dicha oposición, contrariamente a lo que las ciencias empíricas o fácticas pretenden, lejos de obedecer al actuar objetivo, desinteresado y neutro, despojado de toda voluntad de verdad, es, por el contrario, una oposición arbitraria, modificable, apoyada en un extenso y preciso soporte institucional encargado de reforzarla y reconducirla por una densa serie de prácticas interventoras y violentas.

Esta tercera oposición, en la medida en que se inscribe en una genuina «política de la verdad», nos obliga a repensar las relaciones no sola-

---

<sup>19</sup> Foucault, M.: *L'ordre du discours*. Paris: Gallimard, 1971 (traducción al castellano Foucault, M.: *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets, 1973).

mente entre lo verdadero y lo falso, sino, a la vez, entre práctica y teoría. A propósito de esto último, la práctica, al menos tradicionalmente, se concibe, como la aplicación, el uso y el manejo mecánico y automático de una teoría, es decir, como una consecuencia o derivación de un cuerpo teórico firmemente establecido. Al mismo tiempo, desde esta misma perspectiva, la práctica es pensada como algo que precede y nutre a la teoría, atribuyéndose el papel de inspirar e iluminar a ésta, convirtiéndose, de este modo, en factor creador de una forma de teoría futura. Sus relaciones se conciben, en un sentido o en otro, bajo la forma de un proceso que podemos caracterizar de correspondencia y totalización.

No obstante, desde otra matriz epistemológica, las relaciones entre teoría y práctica, contrariamente a la clásica pretensión totalizadora, son mucho más parciales y fragmentarias de lo que la razón instrumental, el psicoanálisis postfreudiano mediante, nos quiere hacer creer. Por una parte, una teoría es siempre local, particular, circunscrita o relativa a un campo pequeño y acotado, pudiendo tener, no obstante, efectos o repercusiones en un dominio más o menos cercano. En el caso del Psicoanálisis, se debe distinguir, por ende, un conjunto de microteorías, de formulaciones teóricas microscópicas, citológicas, diminutas, confinadas a un ámbito o dominio particular. Es el caso de la teoría de la seducción, la teoría del trauma, la teoría de las neurosis y la llamada metapsicología, para nombrar solamente a algunos de los respectivos campos originarios de semejantes manifestaciones teóricas. Se trata, en cada caso, de formulaciones preliminares, transitorias y contingentes, que responden a problemas puntuales y precisos, acotados en sus correspondientes contornos o recintos teóricos.

Por otra parte, desde el momento en que la teoría se incrusta, se empotra o ensambla en su propio dominio, se enfrenta con un conjunto heterogéneo y dispar de obstáculos, barreras y choques, que hacen necesario que sea constantemente potenciada, fecundada o revelada por otro tipo de discurso.

La práctica psicoanalítica, cuyas aspiraciones emancipatorias son irrenunciables, al menos en la medida en que se pretenda heredera de la ambición ilustrada de inspiración freudiana, en lugar de una entidad compacta, monolítica e impenetrable, es un agregado híbrido y múltiple, conformado por un complejo entramado de conexiones de reciprocidad que van de un punto teórico a otro. Convergen en la práctica del

psicoanálisis elementos teóricos disímiles y dispares, procedentes de diferentes disciplinas ligadas o emparentadas, entre los cuales se establece todo tipo de nexos, enlaces y ligaduras. Primera y segunda tópica, conceptualizaciones diversas de la transferencia, elementos filo y ontogénicos, entre otros, confluyen en el híbrido espacio sostenido precariamente por la práctica de raigambre psicoanalítica.

Al mismo tiempo, de manera análoga, la teoría psicoanalítica puede ser pensada como los empalmes y ensambladuras de una práctica con otra. Interpretación de síntomas conversivos, de producciones oníricas, de productos culturales, se acoplan y desacoplan a través de conjeturas e inferencias teóricas varias, materializadas en diferentes textos y contextos. La teoría psicoanalítica se desarrolla —en la medida en que pueda hablarse de desarrollo teórico— a través de los enfrentamientos, las disputas, los encuentros, forzosos y virulentos, que se producen en el ámbito, dinámico y productivo, y que apelan a la práctica con el fin de encauzar y encaminar dichos conflictos.

En lugar de un dominio especulativo, teorizante e hipotético, por un lado, y un ámbito efectivo, expeditivo y práctico, por el otro, se impone la idea de algo muy distinto: un sistema de conexión abierto e incompleto, articulador de un cúmulo, una multiplicidad de piezas, parciales y fragmentarias, de segmentos y de pedazos a la vez teóricos y prácticos. La teoría, por lo tanto, no es que prescriba, exprese o traduzca una práctica: es una práctica. Pero una práctica local, circunscrita y regional.

Una teoría, para servirse de la tan manoseada y ajada metáfora foucaultiana, es, por ende, una «caja de herramientas», un acervo de utensilios, artefactos y artilugios cuya principal relación no es tanto, o al menos no exclusivamente, con el registro simbólico, con el ámbito de la significación, sino que debe responder, ante todo, a la exigencia de que sirva, que funcione. Dicho funcionamiento, de acuerdo a lo anterior, debe oponerse a toda aspiración totalizante o totalizadora, apostando en cambio, a la dispersión, la proliferación y a la multiplicación. En lugar de conformar un sistema acabado y universal, posee un carácter mucho más experimental e instrumental, ya que se debe pensar en términos de una lógica propia a las relaciones de poder y a las luchas que se establecen alrededor de ellas.

Retomando las reflexiones iniciales, por consiguiente, la crítica tendría que ver con la oportuna problematización de las relaciones de poder,

relaciones establecidas entre instancias o entidades que se constituyen y configuran precisamente a partir y al interior de dichas relaciones de reciprocidad. Relaciones que hacen, a la vez, de condiciones de posibilidad y de limitaciones del sujeto psicoanalítico, ligando inexorablemente su devenir a cómo éste resuelve el juego dinámico entre fuerzas de sometimiento y sujeción, por un lado, y fuerzas emancipatorias y liberadoras, por el otro. La crítica aparece entonces, desde sus orígenes, vinculada a la pregunta por las relaciones de poder y más específicamente, el modo como el sujeto se inscribe en y vislumbra la posibilidad de imponerse a éstas. El trabajo de la crítica, por ende, consiste en instaurar la desconfianza con respecto a dichas relaciones, cristalizadas en estados de dominación, materializadas en instituciones, prácticas y hábitos, tanto discursivos como no-discursivos, de distanciarse de su comprensibilidad de suyo y de su evidente inmediatez, de rechazar su certeza inamovible y de señalarles sus límites, desconfiar de ellas, transformarlas, deconstruirlas hasta el punto de sustituirlas por formas alternativas de subjetivación.

Lo anterior implica, a su vez, la resistencia a la autoridad, a aquello que se instituyó a sí mismo como norma y que, con el tiempo, ha devenido plausible y comprensible; demasiado comprensible, pues su aparente evidencia y naturalidad se basa en la constante supresión de lo impensado y de lo impensable. La crítica, de acuerdo a Foucault, es “el arte de la inservidumbre voluntaria, de la indocilidad reflexionada [*l'indocilité réfléchie*]” y “tendría esencialmente como función la desujeción [*désassujettissement*] en el juego de lo que se podría denominar, con una palabra, la política de la verdad”<sup>20</sup>.

La crítica, desde este punto de vista, comienza cuestionando la exigencia de obediencia absoluta y sometiendo a evaluación racional y reflexiva toda obligación impuesta a los sujetos. No hay que confundir lo anterior con el deseo visceral y adolescente de no ser gobernado en absoluto o de oponerse a determinadas leyes por considerarlas injustas o abusivas acaso recurriendo a un orden político o moral más esencial, pues, en la medida en que apunta a una ilegitimidad más fundamental, la actitud y el proyecto crítico se enfrentan al gobierno y a la obediencia que exige, oponiéndose a la universalidad e imprescriptibilidad tanto de la ley como del derecho, apuntando a limitar y cercar el poder. Es,

<sup>20</sup> Foucault, M. “¿Qué es la crítica? (Crítica y Aufklärung)” en *Sobre la Ilustración*, Madrid: Tecnos, 2006, p. 11.

entonces, el acto de limitar, de confinar, de cercenar, de coartar y de restringir, de oponerse a la dinámica del poder interrogándola por los límites del derecho y la legitimidad de su ejercicio.

La crítica, por lo tanto, tendría, al menos, la tarea de mostrar cómo el saber y el poder operan para constituir un modo más o menos sistemático de ordenar el mundo con sus propias condiciones de aceptabilidad de un sistema, pero, asimismo, también para seguir los puntos de ruptura que indican su aparición.

No basta, por muy necesario que sea, con identificar y aislar el nexo peculiar entre el saber y el poder que permite que surja el campo de cosas inteligibles, sino que hay que seguirle la pista a la manera en que ese campo encuentra su punto de ruptura, sus momentos de discontinuidad, los lugares en los que no logra constituir la inteligibilidad que representa. Retornamos a un punto anteriormente señalado a lo largo de nuestra exposición, ya que ello significa que se deben buscar tanto las condiciones mediante las cuales el campo es constituido e instituido, así como los límites de esas condiciones, los momentos en los que esos límites señalan su contingencia y su transformabilidad.

Ganar distancia crítica frente a la autoridad establecida significa no sólo reconocer las maneras en que los efectos coercitivos del saber están en funcionamiento en la propia formación del sujeto, sino también poner en riesgo la propia formación de uno como sujeto.

Y cuando esa ley, que establece la subjetividad de uno, vacila o se rompe, la posibilidad misma de reconocimiento se pone en peligro. Así que cuando preguntamos cómo podríamos decir "libertad originaria", y cuando lo decimos con asombro, también ponemos en cuestión al sujeto que se dice que está enraizado en ese término liberándolo, paradójicamente, para una aventura que podría realmente dar, al término, una nueva sustancia y posibilidad.

En la medida en que las relaciones de poder se materializan en determinadas formas del pensar, la práctica crítica pasa a formar parte, a su vez, de una empresa, al mismo tiempo mucho más amplia y precisa, más contundente y rotunda; a saber, el desafío de pensar de otra manera. Y, en esto, me parece, consiste el potencial crítico del psicoanálisis, en su defensa y rescate del *éthos* griego, el que consiste, fundamental aunque no exclusivamente, en la posibilidad de pensar

de otra manera, una posibilidad que pasa por la rotunda y categórica recusación de las ciencias del hombre, en primer lugar, de la psicología como disciplina científica, la gran prostituta del pensamiento moderno, y de sus ideales (de cura, de adaptación, de salud mental), de la ironía de aquellos dispositivos de saber y poder, que elaboran, sostienen y potencian determinados modos de sujeción enmascarados bajo las promesas de liberación.



# Fragmentos para una historia del psicoanálisis en la universidad

Esteban Radiszcz\*

**A**bordar la cuestión del psicoanálisis en la universidad está lejos de ser una tarea fácil. Muy por el contrario, examinar las confluencias y las divergencias, las contradicciones y los compromisos, los acuerdos y los conflictos, las exclusiones y las inclusiones entre la universidad y el psicoanálisis —en otras palabras, dar cuenta de los avatares y destinos de la fórmula *Psicoanálisis*  $\diamond$  *Universidad*—, no sólo es un problema sumamente espinoso, sino que también un asunto en el que se corre fácilmente el riesgo de herir las más variadas susceptibilidades. Además, se trata de una cuestión que, lejos de resumirse en la pregunta freudiana sobre la pertinencia de la enseñanza del psicoanálisis en la universidad<sup>21</sup> —aunque, sin duda alguna, ésta es una pregunta fundamental—, tiene múltiples aristas que pueden ser examinadas desde diversos puntos de vista y en diferentes niveles. Pero, por si esto fuera poco, también se suma el hecho de una historia que no sólo se remonta a los inicios del psicoanálisis, sino que ha variado de manera ostensible según las épocas, tomando características altamente singulares según los lugares en la que se ha desarrollado. La cuestión *Psicoanálisis*  $\diamond$  *Universidad* no se plantea de la misma manera según se trate de la universidad de fines del siglo XIX o de la universidad de mediados del XX, del psicoanálisis europeo de entre guerras o del psicoanálisis latinoamericano durante el periodo dictatorial, de la sociedad norteamericana de los '50 o de la sociedad francesa de los '70. En tal sentido, resultaría imposible entregar aquí un panorama medianamente

---

\* Psicólogo de la Pontificia U. Católica de Chile y doctor en Psicopatología y Psicoanálisis de la U. de Paris 7 - Denis Diderot. Profesor de las universidades Alberto Hurtado y de Chile.

<sup>21</sup> Cf. S. Freud (1919[1918]), "¿Debe enseñarse psicoanálisis en la universidad?" en *Obras Completas*, Bs. Aires: Amorrurtu, 1986, vol. 17, pp. 165-171.

exhaustivo del asunto. Sólo queda pedir disculpas si lo que se presenta resulta fragmentario e, incluso, bastante parcial.

## El menosprecio de Viena y la breve esperanza de Budapest

Los encuentros y desencuentros entre psicoanálisis y universidad comienzan con el propio Freud que, cómodamente instalado desde sus años de estudiante en el Laboratorio de Ernst Brücke en la Universidad de Viena, aspiró a una vida profesional dedicada a la investigación médica y fisiológica<sup>22</sup>. Por motivos económicos y por razones ligadas a la situación de los judíos en la sociedad austriaca de fines del s. XIX, Freud abandonó su prometedor futuro como investigador para dedicarse a la práctica de la medicina en el Hospital General de Viena bajo las órdenes de Hermann Nothnagel, primero, y de Theodor Meynert, después. Pero su dolido alejamiento de la investigación no implicó ninguna renuncia a sus aspiraciones universitarias que, con los apoyos de Brücke, Nothnagel y Meynert, se vieron coronadas en 1885 con su promoción al codiciado rango de *Privatdozent* (docente adscrito) de la Universität Wien. El respeto y la estima que Freud cultivaba por la universidad, lo llevaron, años más tarde, a albergar incluso una explícita esperanza de que su invención —el psicoanálisis— pudiese algún día ser admitido no sólo como contenido de enseñanza auxiliar, sino que como disciplina universitaria independiente. Así, en 1919 confesaba que “la incorporación del psicoanálisis a la enseñanza universitaria significaría una satisfacción moral para todo psicoanalista”<sup>23</sup>.

Sin embargo, el reconocimiento universitario de Freud y del psicoanálisis en Viena fue, por decir lo menos, esquivo. En efecto, luego de su nombramiento como *Privatdozent*, Freud tuvo que esperar 17 largos años para ser finalmente promovido a *Professor Extraordinarius* a comienzos de 1902. De hecho, Freud había sido propuesto en 1897 por Nothnagel y Krafft-Ebing, ratificado en forma unánime por un comité compuesto de 7 miembros y respaldado, luego, por el claustro médico por 22 votos contra 10. A pesar de ello, tuvieron que pasar 5 años más para que, sólo gracias a la intercesión de la baronesa Ferstel, el

---

<sup>22</sup> Cf. P. Gay (1988), *Freud. Una vida de nuestro tiempo*, Bs. Aires, Paidós, 1989.

<sup>23</sup> S. Freud, “¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la Universidad?”..., *art. cit.*, p. 169.

emperador firmara el decreto que otorgaba a Freud el título de *Ausserordentlicher Professor* de la Universidad de Viena<sup>24</sup>. Si, en aquella época, el tránsito de un *Dozentur* a la obtención de una cátedra duraba en promedio 8 años, Freud tuvo que esperar más del doble para ser nombrado profesor y tolerar que nunca se le otorgara una cátedra. No obstante, su interés por la universidad se mantuvo inalterado, desarrollando ininterrumpidamente sus conocidas *Conferencias* todos los sábados en la tarde en dependencias de la Universität Wien<sup>25</sup>.

Pero si en su propia tierra Freud nunca vio la incorporación del psicoanálisis en la universidad, no sucedió lo mismo en Budapest donde, por algunos breves meses, Sandor Ferenczi pudo obtener la anhelada satisfacción moral. Favorecidos por la instauración de la Primera República, los estudiantes de la Facultad de Medicina de la Universidad de Budapest exigieron la inclusión del psicoanálisis en el plan de estudios y demandaron la creación de una cátedra que sería confiada a Ferenczi. Luego del desconsiderado reporte de un "experto", que rechazó la iniciativa por considerar al psicoanálisis como "pornografía", la moción fue finalmente aceptada y el decreto firmado por el ulteriormente reconocido filósofo marxista Georg Lukács, Comisario del Pueblo de Instrucción Pública y Cultura del gobierno revolucionario de Bela Kun<sup>26</sup>.

Entusiasmado, Freud redactó su conocido artículo *¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad?*<sup>27</sup> que se publicó originalmente en húngaro el 30 de marzo de 1919 en la revista médica *Gyógyászat*. Algunos meses después, el 10 de junio de 1919, Ferenczi inauguraba sus clases en un anfiteatro donde se agolpaba una multitud de ilusionados estudiantes entre los que se encontraba Mihaly Balint<sup>28</sup>. Sin embargo, la experiencia sólo duró el breve lapso de un trimestre. El golpe de estado de Miklos Horthy puso fin a la esperanza, desplegando una feroz represión política, organizando una intensa persecución antisemita y reinstalando la monarquía de la cual el almirante será Regente<sup>29</sup>.

<sup>24</sup> Cf. P. Gay, *Freud...*, *op. cit.*

<sup>25</sup> *Ibid.*

<sup>26</sup> J. Mészáros, "The tragic succes of european psychoanalysis: «The Budapest School»", *Int Forum Psychoanal*, 1998, 7:207-214.

<sup>27</sup> S. Freud, "¿Debe enseñarse psicoanálisis en la universidad?"..., *art. cit.*

<sup>28</sup> M. Moreau-Ricaud, "Exil des analystes hongrois lors de la Seconde Guerre mondiale. Le cas de M. Balint", *Topique*, 2002, 80:103-116.

<sup>29</sup> J. Mészáros, "The tragic success of european psychoanalysis: «The Budapest School»"..., *art. cit.*

## La iniciativa de Francfort y la “arianización” del psicoanálisis durante el régimen nazi

El siguiente acontecimiento relevante ocurrió a partir de 1923, en la Universidad de Francfort, con la creación del Instituto de Investigaciones Sociales en torno al cual se reunieron importantes pensadores de tradición marxista que, como Theodor Adorno, Max Horkheimer, Walter Benjamin, Erich Fromm, Leo Lowenthal y Herbert Marcuse, buscaron desarrollar una articulación entre psicoanálisis, filosofía política, reflexión crítica y teoría social<sup>30</sup>. Paralelamente, con el apoyo de Otto Fenichel desde la poderosa Asociación Psicoanalítica de Berlín, Karl Landauer y Heinrich Meng fundaron en 1929 el Instituto Psicoanalítico de Francfort que, nacido de un grupo de trabajo constituido desde 1926, agrupó a Frida Fromm-Reichmann, Ewal Roellenbleck y Franz Stein, además de sus fundadores –K. Landauer y H. Meng– y de E. Fromm, quien ya cumplía funciones en el Instituto de Investigaciones Sociales<sup>31</sup>. Así, por iniciativa de M. Horkheimer –quien había realizado un análisis con Landauer en 1926–, la recientemente creada organización psicoanalítica se instaló desde sus inicios en los locales del *Institut für Sozialforschung* de la Universidad de Francfort, favoreciendo una estrecha colaboración entre los miembros de ambas instituciones<sup>32</sup>. Esta fructífera alianza no sólo introdujo una novedosa inclusión del psicoanálisis a la enseñanza universitaria en diversas disciplinas no médicas, sino que también favoreció su incorporación en la investigación. De hecho, dado que el Instituto Psicoanalítico de Francfort no tenía funciones didácticas, sus integrantes se mostraron ampliamente abiertos tanto a los debates teóricos, como a la discusión interdisciplinaria y a la investigación social.

Pero, nuevamente, la anhelada satisfacción moral sólo tuvo un breve período de existencia. La llegada de Hitler al poder en 1933 determinó el total desmantelamiento de la iniciativa y el exilio de los más importantes académicos del Instituto de Investigaciones Sociales y de los más destacados psicoanalistas del Instituto Psicoanalítico de Francfort. Los locales fueron ocupados, las oficinas arrasadas, las salas de clases

---

<sup>30</sup> M. Jay (1973), *La imaginación dialéctica*, Taurus: Madrid, 1999.

<sup>31</sup> K. Hoffmann, “Frieda Fromm-Reichmann – Her years in Germany 1889-1933”, *Int Forum Psychoanal*, 1998, 7: 85-96.

<sup>32</sup> M. Jay, *La imaginación dialéctica*, op. cit.; K. Hoffmann, “Frieda Fromm-Reichmann...”, art. cit..

desvalijadas, los libros quemados... K. Landauer se radicó en Amsterdam hasta que, en 1942, fue detenido por el ejército de ocupación nazi y deportado al campo de concentración de Bergen-Belsen donde murió de hambre a fines de enero de 1945<sup>33</sup>. Por su parte, W. Benjamin se refugió en Francia donde continuó trabajando en la sede que el Instituto de Investigaciones Sociales había abierto en París, pero se suicidó la noche del 26 de septiembre de 1940 en Portbau tras ser apresado por la Gestapo cuando intentaba atravesar la frontera hacia territorio español en compañía de un grupo de refugiados<sup>34</sup>. Con más suerte, H. Meng se trasladó a Suiza donde fue recibido en la Universidad de Basilea para hacerse cargo de una cátedra de "higiene psíquica". Afortunada también, F. Fromm-Reichmann emigró a Strassbourg en 1933, luego a Palestina en 1934, para finalmente instalarse en Washington en 1935<sup>35</sup>. Un destino semejante tomó M. Horkheimer que, habiendo pasado un año en Ginebra, se refugió en Nueva York desde 1934 donde logró, con la ayuda de Nicholas Murray Butler, relocalizar en el exilio el Instituto de Investigaciones Sociales bajo el alero de la Universidad de Columbia<sup>36</sup>. A dicho Instituto se integró en 1935 E. Fromm, quién había escapado a Davos (Suiza) y luego emigrado a los Estados Unidos para trabajar durante un año como profesor invitado en la Universidad de Chicago<sup>37</sup>. Asimismo, tras un breve paso por París, H. Marcuse también se refugió en los Estados Unidos en 1934 y se vinculó desde 1935 con el Instituto en el exilio, mientras paralelamente dictaba cursos en la Universidad de Los Angeles. Finalmente, bastante más reacio a dejar Europa, Th. Adorno sólo se trasladó a Nueva York luego de una estadía de 4 años en el Merton College de Oxford, para reunirse con sus colegas del Instituto en 1937<sup>38</sup>.

Con el fin de la guerra y la rearticulación del Instituto de Investigaciones Sociales en torno a Horkheimer y a Adorno, la ciudad de Francfort volvió a ser centro de la vanguardia del psicoanálisis en Alemania hasta, por lo menos, fines de la década del '60. Lamentablemente, como Benjamin y otros, Landauer había muerto en 1945, víctima del genocidio nazi,

<sup>33</sup> H.-J. Rothe, "L'exil de Karl Landauer au reflet de sa correspondance avec Max Horkheimer", *Topique*, 2002, 80 : 125-134.

<sup>34</sup> M. Jay, *La imaginación dialéctica*, op. cit..

<sup>35</sup> K. Hoffmann, "Frieda Fromm-Reichmann...", art. cit..

<sup>36</sup> M. Jay, *La imaginación dialéctica*, op. cit..

<sup>37</sup> D. H. Ortmeier, "Revisiting Erich Fromm", *Int Forum Psychoanal*, 1998, 7: 25-33.

<sup>38</sup> M. Jay, *La imaginación dialéctica*, op. cit..

pero le sucedió Alexander Mitscherlich quién restableció el interrumpido vínculo con la Universidad de Francfort y se constituyó en un rearticulador fundamental del psicoanálisis en la universidad alemana<sup>39</sup>. No sólo creó, junto a su esposa, la reconocida revista *Psyche* en 1947 y, con el apoyo de Adorno y de Horkheimer, fundó en 1960 la primera institución estatal alemana directamente vinculada al psicoanálisis: el Sigmund Freud Institut de Francfort. Del mismo modo, gracias a la iniciativa de Víctor von Waizsäcker y el financiamiento de la fundación Rockefeller, Mitscherlich fundó y dirigió la Clínica Psicósomática que, desde 1950, funcionó en la Universidad de Heidelberg ofreciendo atención de pacientes, impartiendo formación analítica y desarrollando investigación<sup>40</sup>.

Sin embargo, estos notables esfuerzos no lograron completamente rescatar al psicoanálisis de los desastres introducidos por el nazismo, el Instituto Göring y su política de “arianización del psicoanálisis”. En mayo de 1936, aprovechando el desmantelamiento del Instituto Psicoanalítico del Berlín y la expulsión de los psicoanalistas judíos de las asociaciones psicoanalíticas alemanas (siguiendo la política de salvamento del psicoanálisis impulsada por Jones), Mathias H. Göring –primo del tristemente célebre mariscal– creó el Instituto Alemán de Investigación Psicológica y Psicoterapia. Dicho Instituto impulsó el desarrollo bajo tutela estatal de una “psicoterapia aria” estandarizada en la que confluyeran las más diversas perspectivas freudianas, no freudianas y antifreudianas, amalgamadas uniformemente en una terapéutica aséptica adecuadamente liberada de todo fundamento judío<sup>41</sup>. Sin duda, muchas de las políticas del Instituto Göring y del régimen Nazi fueron desmanteladas luego de la guerra, pero durante un tiempo prolongado el psicoanálisis continuó, salvo excepciones como las de Mitscherlich y la Escuela de Francfort, siendo desarrollado según los

---

<sup>39</sup> H. Thomä & H. Kächele (1985), *Teoría y práctica del psicoanálisis*, Barcelona: Herder, 1989, vol 1.

<sup>40</sup> Aunque Helmut Thomä y Horst Kächele sugieren que en la Clínica Psicósomática de Heidelberg se habría por fin realizado el programa de psicoanálisis proyectado por Freud en 1919, resulta conveniente relativizar tal parecer. Más allá del interés que dicha experiencia universitaria pueda tener, la Clínica Psicósomática de Heidelberg parece haber estado más cerca de la *universitas scientiarum* que de la *universitas litterarum* donde Freud prefiere inscribir su programa universitario de psicoanálisis.

<sup>41</sup> Cf. J.-L. Evard (ed.), *Les années brunes. La psychanalyse sous le III<sup>e</sup> Reich*, Paris: Confrontation, 1984.

mismos parámetros asépticos e identificado con una psicoterapia de las profundidades. Por otra parte, la tutela del Estado sobre la psicoterapia iniciada en el Instituto Göring se continuó de una manera inesperada a partir de un sistema de seguridad médica que, iniciado en 1946, permitió a las obras sociales rembolsar los tratamientos psicoterapéuticos con la condición de un “peritaje” previo de los casos. En este contexto, el psicoanálisis se convirtió en una práctica trivializada y pragmática, uniformizada y rutinaria, que se orientaba hacia un ideal técnico de curación rápida, promovido y tutelado por los criterios de racionalización económica de la Seguridad Social<sup>42</sup>. Así, a partir de los '70 y con mayor énfasis en los '80, numerosas Facultades de Psicología y de Medicina se abocaron a la investigación empírica de resultados en psicoterapia como estrategia para validar y justificar los procedimientos terapéuticos ante un régimen de prestaciones sociales de salud ajustado a criterios de racionalidad costo-beneficios. Desgraciadamente, la Clínica Psicosomática de Heidelberg no fue una excepción.

En la actualidad, la presencia del psicoanálisis en las universidades alemanas parece haber perpetuado la doble inscripción que se observa en las perspectivas que orientaron a los dos principales centros de implantación del freudismo en Alemania –Berlín y Francfort. Una orientación predominantemente clínica, apoyada por el desarrollo de la investigación en psicoterapia, se ha establecido en las facultades de medicina y de psicología, mientras que, continuando el camino iniciado por el Instituto de Investigaciones Sociales y reforzada por la penetración de la obra de Lacan en los círculos intelectuales alemanes, una perspectiva más interdisciplinaria se ha desarrollado en los departamentos de filosofía. Lamentablemente, estas orientaciones no parecen, salvo contadas excepciones, haber sostenido intercambios fluidos y provechosos.

---

<sup>42</sup> Sin duda, Thomä y Kächele tienen mucha razón en defender el sistema alemán de prestaciones de salud, argumentado su carácter democrático y su inestimable valor social. Sin embargo, ellos minimizan el efecto de estandarización de la práctica clínica que dicho sistema ha llegado a producir por la vía del favorecimiento de estrategias que logren probar sus ajustes a criterios de racionalidad económica. Bajo el influjo pragmático de la investigación de resultados en psicoterapia, el psicoanálisis corre el riesgo de convertirse en tecnología normalizadora sin consideración de las singularidades del sujeto.

## La introducción del psicoanálisis en las universidades norteamericanas

Paralelamente a las iniciales experiencias de Budapest y de Francfort, en Estados Unidos, el psicoanálisis tuvo una rápida integración en los círculos médicos. Las conferencias de Freud en la Clark University de Worcester<sup>43</sup> tuvieron un hondo impacto entre los jóvenes estudiantes de medicina y en algunos académicos que comenzaron a integrar nociones psicoanalíticas en sus cursos. Ello no implicó la creación de cátedras específicas de psicoanálisis en las universidades, sino la integración de aspectos fragmentarios de la teoría analítica en cursos orientados por una naciente psiquiatría dinámica. En tal sentido, resulta bastante paradigmática la cátedra de Adolf Meyer, reconocido psiquiatra norteamericano que, sin adherir a las tesis freudianas, incluyó ciertos aspectos del psicoanálisis para enseñar —en la Clark University primero y, desde 1913, en la John Hopkins University de Baltimore— una psiquiatría dinámica que, orientada a la adaptación, daba un papel central a la conciencia en la adecuación de la conducta<sup>44</sup>. Tampoco el bastante más freudiano James Jackson Putman pudo introducir una cátedra de psicoanálisis en la Universidad de Harvard, en la que se desempeñó como profesor de la cátedra de Neuropatología<sup>45</sup>. Aparentemente, hubo que esperar hasta 1930 para que, en la Universidad de Chicago, Franz Alexander fuera nombrado como profesor de una cátedra de psicoanálisis vinculada a la naciente perspectiva “psicosomática” de la cual el analista berlinés fue uno de sus más destacados defensores<sup>46</sup>.

En todo caso, al menos durante un tiempo considerable, el psicoanálisis sólo fue integrado en la universidad por la vía de una psiquiatría dinámica distanciada de las posiciones freudianas. Así, la vinculación del psicoanálisis con la universidad estadounidense parece haber estado marcada, desde sus orígenes, por una tutela de la medicina que explica ampliamente la posición de Abraham Brill y de diversos

---

<sup>43</sup> Cf. S. Freud (1910[1909]), “Cinco conferencias sobre psicoanálisis” en *Obras Completas*, Bs. Aires: Amorrortu, 1982, vol. 11, pp. 1-50.

<sup>44</sup> J. A. P. Millet, “Psychoanalysis in the United States”. *Psychoanalytic Pioneers*, 1995, 1(1): 546-596.

<sup>45</sup> *Ibid.*.

<sup>46</sup> M. Grotjahn, “Franz Alexander, 1891-1964. The western mind in transition”, *Psychoanalytic Pioneers*, 1995, 1(1): 384 -398.



analistas norteamericanos respecto de la ácida polémica de los años '20 sobre el ejercicio del análisis por psicoanalistas legos no médicos<sup>47</sup>. Ni siquiera la llegada a Estados Unidos de una gran cantidad de los académicos y psicoanalistas provenientes de Alemania –y, especialmente, de Francfort–, sirvió para modificar esta monolítica vinculación, que era particularmente mal vista por Freud, quién en una entrevista realizada por G. S. Viereck para la revista norteamericana *Glimpses of the Great* sostenía: “Puede resultar fatal para el desarrollo del psicoanálisis dejarlo exclusivamente en manos de los médicos. La formación médica es con igual frecuencia un obstáculo y una ventaja en el ejercicio del psicoanálisis. Desde luego, es un obstáculo cuando ciertas convicciones científicas, comúnmente aceptadas, arraigan demasiado profundamente en la mente de los estudiantes”<sup>48</sup>.

Sin duda, durante los años de la guerra, Adorno y Horkheimer estuvieron vinculados a la Universidad de Columbia en Nueva York, mientras que, radicados en los EE.UU., E. Fromm y H. Marcuse enseñaron en diversas universidades –Michigan, New York, Yale y Bemington College, el primero; Columbia, Harvard, Brandeis y California, el segundo<sup>49</sup>. No obstante, pese al peso académico y la influencia intelectual que estos pensadores ejercieron en los EE.UU., el psicoanálisis continuó –y continúa aún hoy– íntimamente vinculado a las facultades de medicina y a la psiquiatría dinámica. De hecho, luego de la llegada de F. Alexander a la Universidad de Chicago y del nombramiento de Hans Sach como instructor de la Harvard Medical School en 1932, numerosas escuelas de medicina norteamericanas incluyeron a psicoanalistas entre sus profesores e, incluso, crearon cátedras y departamentos especializados en psicoanálisis. Así, en 1944, se funda el primer centro de entrenamiento psicoanalítico universitario en el seno del New York Medical College, al que le siguen la creación del centro de educación y entrenamiento psicoanalítico del Departamento de Psiquiatría y Neurología de la Escuela de Medicina de la Universidad de Tulane y de la Psychoanalytic Clinic

<sup>47</sup> Cf. P. Gay, *Freud...*, op. cit.; J. A. P. Millet, “Psychoanalysis in the United States”, art. cit.; S. Freud (1923), “¿Pueden los legos ejercer el psicoanálisis?” en *Obras completas*, Bs. Aires: Amorrortu, 1986, vol. 20, pp. 165-244.

<sup>48</sup> G. S. Viereck (1930[1927]) “S. Freud, el Padre del Psicoanálisis” en *150 años de entrevistas*, 4ª entrega de la serie publicada por *El País Semanal*, España, 1998, p. 157.

<sup>49</sup> Cf. D. H. Ortmeyer, “Revisiting Erich Fromm”, art. cit.; M. Jay, *La imaginación dialéctica*, op. cit..

for Training and Research en la Universidad de Columbia vinculada al grupo de Sandor Rado<sup>50</sup>. La estrecha vinculación entre medicina y psicoanálisis permitió que numerosas asociaciones psicoanalíticas locales mantuviesen estrechos lazos con las universidades, llegando incluso a desarrollar sus respectivas formaciones de psicoanalistas en el seno de estas.

En contraste, el psicoanálisis ha tenido muy poca presencia en las facultades norteamericanas de Psicología, antiguamente dominadas por el Conductismo y actualmente comandadas por las Neurociencias y el Cognitivismo. De hecho, por el influjo de la, así llamada, *French Theory* –bajo la cual se agrupan las obras de autores como Lacan, Foucault, Deleuze y Kristeva, entre otros– el psicoanálisis tiene mayor presencia en las Facultades de Filosofía, de Arte y de Literatura. Del mismo modo, favorecido por el legado universitario de Fromm, de Marcuse y de los trabajos antropológicos de Margaret Mead de Ruth Benedict, el psicoanálisis también tiene presencia en las Facultades de Ciencias Sociales y de Historia, desarrollándose con especial vigor en los programas de *Cultural Study's* y de *Gender Study's*. En el seno de estas experiencias universitarias, desarrolladas fuera de las facultades de medicina, el psicoanálisis se ha nutrido de reflexiones interdisciplinarias sumamente interesantes como las de Fredric Jameson o las de Judith Butler, en las que, sin embargo, han participado muy pocos psicoanalistas.

## La psicología clínica francesa y la Universidad

En Francia, los encuentros y desencuentros del psicoanálisis y la universidad han seguido caminos algo distintos. Si en Alemania y en Estados Unidos el psicoanálisis ha sido, según los casos, incorporado de la mano de la medicina, de las ciencias sociales, de la filosofía, del arte o de la literatura, en Francia el ingreso del psicoanálisis en la universidad fue realizado en vinculación con la psicología y, más específicamente, con la psicología clínica.

En esta historia, la figura de Daniel Lagache fue, sin duda, fundamental. Ex-alumno de la Escuela Normal Superior, profesor de filosofía y doctor en medicina, Lagache fue nombrado profesor de psicología

---

<sup>50</sup> J. A. P. Millet, "Psychoanalysis in the United States", *art. cit.*.

en la Universidad de Strasbourg en 1937, terminó su formación como psicoanalista en 1938 y llegó a ser profesor de la prestigiosa Universidad de la Sorbonne en 1947. Allí, obtuvo la cátedra de psicología general, para luego ocupar la de psicología patológica en 1955<sup>51</sup>. En su enseñanza y en sus trabajos, D. Lagache se esforzó por introducir el psicoanálisis, tanto en la psicología individual, como en la psicología social y en la criminología, sobre la base de una psicología clínica que, centrada en la subjetividad y en la intersubjetividad humanas, se sostenía en la reunión de la interpretación psicoanalítica y la comprensión fenomenológica jasperiana<sup>52</sup>. Artífice de la separación entre la filosofía y la psicología en Francia, Lagache se convirtió en el principal defensor del ejercicio no médico del psicoanálisis, permitiendo el acceso masivo de los psicólogos a la profesión de psicoanalista y difundiendo la práctica del psicoanálisis de una manera impensada para un país que se había resistido intensamente al freudismo<sup>53</sup>.

Pero el proyecto psicologicista de Lagache fue fuertemente criticado por su amigo, Georges Canguilhem, quién trató a la psicología de “filosofía sin rigor”, “ética sin exigencia” y “medicina sin control”<sup>54</sup>. En base de dicha crítica, los alumnos de Louis Althusser en la École Normale Supérieure avanzaron una refundición filosófica que, hostil a toda forma de psicología, se realizara en torno a los conceptos freudianos. Es justamente aquel grupo el que frecuentará los seminarios de Lacan, una vez que, tras su “excomunió”, el psicoanalista francés se trasladará a los locales de la rue d’Ulm en 1964<sup>55</sup>. De dicho encuentro mediado por Althusser, no sólo surgirá una serie de psicoanalistas que, como Michel Tort, continuarán desarrollando el psicoanálisis en la universidad, sino también una reflexión filosófica singular que, vinculada al psicoanálisis, cuenta entre sus exponentes más destacados a Etienne Balibar y a Jacques Rancière.

Un nuevo y refrescante impulso tuvo el psicoanálisis en la Universidad a fines de los años '60 con la creación de dos importantes centros

<sup>51</sup> E. Roudinesco (1994), *La batalla de los cien años. Historia del psicoanálisis en Francia*, Madrid: Fundamentos, 2007, 3 vols.

<sup>52</sup> D. Lagache (1949) “Psicología clínica y método clínico” en *Obras Completas*, Bs. Aires: Paidós, 1982, vol. 3, pp. 141-156.

<sup>53</sup> Cf. E. Roudinesco, *La batalla de los cien años...*, op. cit.

<sup>54</sup> G. Canguilhem (1956), “Qu’est-ce que la psychologie?”. *Cahiers pour la analyse*, Paris, 1966, 2: 79-93.

<sup>55</sup> E. Roudinesco, *La batalla de los cien años...*, op. cit.

universitarios: la Unidad de Enseñanza e Investigación de Ciencias Humanas Clínicas en la Universidad de París VII que, impulsada desde 1968 por Jean Laplanche, acogerá luego un Laboratorio de Psicoanálisis<sup>56</sup>; y el Departamento de Psicoanálisis en la Universidad de París VIII, en Vincennes, fundado por Serge Leclair en 1969<sup>57</sup>. A partir de estas dos experiencias –la primera vinculada al proyecto de psicología clínica de Lagache, aunque debidamente reformulado por su reafirmación en la singularidad del psicoanálisis; y, la segunda, asociada a la naciente y vigorosa *Ecole Freudienne de Psychanalyse* recientemente fundada por Lacan–, se logró afianzar un investigación original y específicamente psicoanalítica gracias al inédito desarrollo de formaciones doctorales exclusivamente dedicadas al psicoanálisis en ambas universidades.

Tales formaciones despertaron las más agitadas críticas desde diversas instituciones psicoanalíticas que vieron amenazada su hegemonía respecto de la transmisión del psicoanálisis, pese a que en ningún momento estas experiencias organizaron nada que se pareciera a un dispositivo de formación de psicoanalistas<sup>58</sup>. Si bien se fomentó el análisis personal entre los doctorantes, dichos análisis nunca fueron una obligación, ni tampoco se encontraban insertos en la universidad o articulados a alguna demanda curricular, mientras que la supervisión tampoco estuvo exigida por los programas de formación. Sin duda, hubo derivas y ciertos doctorantes continuaron sus análisis personales y/o de control con un mismo analista que era, a su vez, su director de tesis. No obstante, dicha situación nunca fue promovida como parte integrante de la formación, además de ser una práctica bastante corriente en los mismos institutos de formación de psicoanalistas.

En todo caso, estas formaciones doctorales se mantuvieron –y se mantienen aún– con bastante éxito, promoviendo una investigación caracterizada por su riqueza, pluralidad, rigurosidad y compromiso férreo con las especificidades de la investigación en psicoanálisis<sup>59</sup>. De

---

<sup>56</sup> J. Laplanche, "Pour la psychanalyse a l'Université". *Recherches en psychanalyse*, Paris, 2004, 1: 9-13.

<sup>57</sup> E. Roudinesco, *La batalla de los cien años...*, op. cit.

<sup>58</sup> J. Laplanche, "Conferencia. Laplanche en la Universidad". *Zona Erógena*. Bs. Aires, 1991, 5: 1-10; E. Roudinesco, *La batalla de los cien años...*, op. cit.

<sup>59</sup> Cf. J.-J. Rassial, "La recherche et la trouvaille". *Clínicas Méditerranéennes*, Aix-en-Provence, 2005, 71(1): 169-176.

hecho, los programas doctorales y los equipos de investigación que los desarrollan, se multiplicaron en Francia, abriéndose nuevos doctorados en Facultades de Psicología en Poitiers, en Reims, en Aix-en-Provence, en Bordeaux, por nombrar sólo algunas.

Hoy en día, en las universidades francesas, el psicoanálisis se desarrolla principalmente en los Departamentos de Psicología, pero también se encuentra en las Facultades de Sociología, de Antropología, de Ciencias Políticas, de Ciencias Jurídicas, de Literatura, de Arte, de Filosofía y de Medicina. Incluso, el psicoanálisis se encuentra presente también a nivel del Centre National de Recherche Scientifique, órgano mayor de la Investigación en Francia, tanto por la inserción de psicoanalistas en distintas unidades de investigación, como por el funcionamiento del FRE 2788 “Psicoanálisis y Prácticas Sociales”, actualmente dirigido por Markos Zafirooulos.

Sin embargo, la prosperidad que han conocido las Ciencias Cognitivas y la Neurociencia en el mundo, además de las nuevas políticas de investigación y enseñanza surgidas a partir de las directivas de la Unión Europea expresadas en diversos acuerdos entre los que se cuentan las directrices de Bologna, han fragilizado la situación del psicoanálisis en las universidades francesas. Progresivamente, numerosos programas de doctorado han debido cerrar y muchos psicoanalistas han debido dejar que sus cargos académicos sean reemplazados por neurocientistas o psicólogos cognitivos. Sin duda, el psicoanálisis está lejos de desaparecer de las universidades francesas, pero el escenario a futuro no se presenta muy alentador al punto que muchos psicoanalistas, investigadores y doctorantes se han organizado en torno a dos importantes organizaciones colectivas orientadas a defender la investigación en Ciencias Sociales y la investigación en Psicoanálisis.

## **El psicoanálisis en las universidades latinoamericanas: los casos de Argentina y de Chile**

Pese a que los primeros cursos de psicoanálisis en las universidades argentinas fueron aquellos que, por iniciativa de los estudiantes y de manera extracurricular, Ángel Garma y Arnaldo Rascovsky realizaron a partir de 1956 en la Facultad de Medicina en la Universidad de Buenos Aires, el primer programa oficial dedicado a la enseñanza universitaria del psicoanálisis en Argentina fue el que José Bleger dictó en la Uni-

versidad de Rosario en 1959. Ese mismo año, Bleger también se hizo cargo de las cátedras de “Introducción a la Psicología” y de “Psicología de la Personalidad” en la dos años antes creada carrera de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, desarrollando una perspectiva en la que se entrelazaba una orientación psicoanalítica marcadamente kleiniana con la tradición francesa de la psicología de la conducta y una posición política decididamente marxista<sup>60</sup>. En tal sentido, al igual que en Francia, el primer encuentro que tuvo el Psicoanálisis con la Universidad argentina fue a través de una psicología precisamente inspirada, aunque no exclusivamente, en las ideas desarrolladas por Daniel Lagache.

Sin embargo, los cursos que Bleger desarrolló en Rosario y en Buenos Aires no fueron los primeros cursos universitarios que incluyeron materias psicoanalíticas. De acuerdo con Hugo Vezzetti, a partir de la década del '20 –e incluso antes–, las ideas freudianas habrían circulado de manera constante en las dos cátedras de psicología que se dictaban en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires sin por ello constituir cursos de psicoanálisis, mientras que, en esas mismas fechas, Gregorio Bermann discutía de psicoanálisis en sus cursos dictados en la Facultad de Medicina de la Universidad de Córdoba<sup>61</sup>. De cualquier forma, lo sustancial del desarrollo del psicoanálisis en la universidad no ocurrió en las Facultades de Filosofía, ni en las Facultades de Medicina, sino que en las Facultades de Psicología donde la presencia de psicoanalistas y de la teoría psicoanalítica tuvo un peso cada vez mayor.

Bajo la carismática figura de Bleger y/o por la influencia de los numerosos psicoanalistas que se hicieron progresivamente cargo de las distintas cátedras de la carrera de Psicología en la U.B.A. y en otras universidades, numerosos licenciados en psicología se orientaron hacia el psicoanálisis y buscaron formarse como psicoanalistas bajo el alero de la Asociación Psicoanalítica Argentina fundada, en 1942, por Celes Cárcamo, Ángel Garma, Marie Langer, Enrique Pichon-Rivière y Arnaldo Rascovsky. Sin embargo, en 1954, bajo el primer mandato de Juan Domingo Perón y por iniciativa del Ministerio de Salud Pública

---

<sup>60</sup> H. Vezzetti, *Aventuras de Freud en el país de los argentinos*, Bs. Aires: Paidós, 1996.

<sup>61</sup> Cf. H. Vezzetti (comp.), *El nacimiento de la psicología en la Argentina. Pensamiento psicológico y positivismo*, Bs. Aires: Puntosur, 1988.

encabezado por Ramón Carrillo, se había emitido un decreto que prohibía el ejercicio del psicoanálisis a los analistas no médicos, forzando a la A.P.A. a exigir el título médico para formar psicoanalistas. Dicho decreto se vio refrendado en 1967 por la Ley 17.132 que, no siendo derogada hasta 1983, impidió desempeñarse como psicoanalistas a los psicólogos, obligándolos a emigrar, a formarse fuera de las instituciones oficiales y/o a ejercer clandestinamente el psicoanálisis<sup>62</sup>. De esta manera, se instituyó una llamativa paradoja en la medida que el psicoanálisis resultaba impedido de ser ejercido allí donde había logrado penetrar más profundamente en las universidades argentinas, mientras que sólo quedaba habilitado para los médicos que se mostraron bastante más resistentes a la ideas freudianas.

Por su parte, en 1966, Oscar Masotta fue invitado a dictar una serie de cursos de psicoanálisis en el Centro de Estudios Superiores de Arte que dependía del rectorado de la Universidad de Buenos Aires. Dichos cursos repercutieron en la incorporación de la reflexión psicoanalítica de orientación lacaniana en las universidades argentinas, en general, y en las Facultades de Arte y de Literatura, en particular. Del mismo modo, las enseñanzas de Masotta movilizaron a un grupo de profesionales no-médicos a formarse como psicoanalistas, contraviniendo la prohibición legal que pesaba sobre ellos hasta entonces<sup>63</sup>.

Actualmente, el psicoanálisis se encuentra inserto de manera transversal en las distintas universidades argentinas y no sólo en las Facultades de Psicología. De hecho, como es sabido, el psicoanálisis en Argentina se ha transformado en una cuestión cultural que atraviesa a la sociedad en su conjunto. Numerosos programas universitarios de especialización en distintas disciplinas, además de formaciones doctorales específicamente dedicadas al desarrollo de la investigación en psicoanálisis, dan testimonio de la amplia inserción de la reflexión psicoanalítica en la Universidad. Recientemente, la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, institución vinculada a la Asociación Psicoanalítica Internacional, ha logrado incluso desarrollar un programa de formación de psicoanalistas al interior del recientemente creado Instituto Universitario de Salud Mental de la U.B.A. Más allá de las críticas que esta formación ha suscitado en los círculos psicoanalíticos argentinos, se trata de una

<sup>62</sup> H. Vezzetti, *Aventuras de Freud...*, op. cit..

<sup>63</sup> G. García, *Oscar Masotta y el psicoanálisis en castellano*, Bs. Aires: Puntosur, 1991.

iniciativa que demuestra el vigor con el que, en Argentina, se desarrolla el Psicoanálisis en la universidad.

La inserción del psicoanálisis en las universidades chilenas fue muy distinta y hasta, en algunos aspectos, contraria a la experiencia argentina. No solamente el Psicoanálisis estuvo presente en la universidad desde la fundación misma del movimiento psicoanalítico chileno, sino que, como en los EE.UU., dicha presencia estuvo primeramente vinculada a la Psiquiatría y, sólo posteriormente, a la Psicología. Los primeros psicoanalistas chilenos, los médicos Germán Greve y Fernando Allende Navarro, no tuvieron ninguna vinculación relevante con la universidad, pero sí la tuvo el Doctor Ignacio Matte-Blanco, en torno a quién se congregó el reducido grupo que, en 1949, fundó la Asociación Psicoanalítica Chilena. Como profesor de la cátedra de Psiquiatría de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile y, luego, como director de la Clínica Psiquiátrica de la misma Universidad, Matte-Blanco tuvo una intensa vida universitaria en la que confluyeron los diversos profesionales médicos y no-médicos que comenzaron su formación de analistas en el seno de la reciente Asociación<sup>64</sup>.

En efecto, ellos colaboraban con Matte-Blanco en la clínica y en la cátedra de psiquiatría, recibían formación teórica de él y, en una buena parte, también se analizaban con él. Aunque, estaban Allende Navarro, Prat Echaurren y Carlos Whitting, entre otros, una buena cantidad de los estudiantes que colaboraban en la Clínica Psiquiátrica eran también supervisados, formados y analizados por Ignacio Matte-Blanco. Nada de raro, entonces, el destino que tuvo aquel grupo de pioneros que, aparte de las diversas disputas internas, concluyó en una diáspora que terminó con Matte-Blanco en Italia, con Otto Kernberg, Paulina Kernberg y José Antonio Infante en Topeka, con Hernán Davanzo en Brasil, con Ramón Ganzarain en Houston y con Ruth Risenberg en Londres. Sin embargo, el trabajo de aquel grupo vinculado a la Cátedra de Psiquiatría y a la Clínica Psiquiátrica de la Universidad de Chile, fue altamente productivo y, en algunos aspectos, bastante creativo. En torno a Matte-Blanco, se desarrolló una psiquiatría dinámica de inspiración psicoanalítica que dialogó con la neurología, con la filosofía e, incluso, con la lógica y las matemáticas<sup>65</sup>.

---

<sup>64</sup> O. Arrué, "Origen e identidad del movimiento psicoanalítico chileno" en E. Casaula, J. Coloma & J.F. Jordan, *Cuarenta años de psicoanálisis en Chile. Biografía de una sociedad científica*, Santiago: Ananké, 1991. pp. 25-51.

<sup>65</sup> *Ibid.*.



Pero la Facultad de Medicina no fue la única en incorporar el psicoanálisis a la Universidad. Desde muy temprano, el Departamento de Psicología de la Universidad de Chile contó entre sus docentes al Doctor Arturo Prat Echaurren, quién había sido parte del grupo fundador en 1947. Asimismo, la Escuela de Psicología de la Universidad Católica incluyó la enseñanza del psicoanálisis desde sus inicios en 1957, determinando que una buena cantidad de los integrantes de la tercera generación de psicoanalistas chilenos egresaran de sus aulas. En esto fue de suma importancia el fundador de dicha escuela y primer director de la misma, el sacerdote jesuita Hernán Larraín, quién realizó un análisis personal durante sus estudio de postgrado en Alemania. Es posible que en dicho apoyo al psicoanálisis, haya también influido la ascendencia que sobre Larraín tuvo su guía espiritual, el sacerdote jesuita Abdón Cifuentes, quien desarrolló un trabajo de formación con el Dr. Allende Navarro. En la Universidad Católica enseñaron numerosos miembros de la Cátedra de Matte-Blanco, además de varios psicoanalistas formados bajo su alero. Entre ellos se contaron a Hernán Davanzo, Ramón Ganzarain, Otto Kernberg, Esther Drobny y Omar Arrué a los que más tarde se agregarán y/o sucederán Eleonora Casaula, Jaime Coloma y Juan Francisco Jordán, entre otros. Luego de la diáspora de los '60, esta Escuela se convirtió en uno de los pocos centros universitarios que continuó acogiendo al psicoanálisis hasta que la creación de la Unidad de Psiquiatría Oriente, en el Hospital Salvador, y la llegada de psicoanalistas al Instituto Psiquiátrico Dr. José Horwitz Barak, permitieran retomar, en los años '70 y gracias a los esfuerzos de Hernán Davanzo, de Mario Gomberoff, de Luis Gomberoff y de Ramón Florenzano, el interrumpido trabajo iniciado en la Clínica Psiquiátrica<sup>66</sup>.

A decir verdad, estos pocos centros universitarios representaron por mucho tiempo la principal inserción del psicoanálisis en las universidades chilenas. De hecho, en otras Facultades de Medicina y en otras Escuelas de Psicología, el psicoanálisis fue algo sumamente resistido, al punto que aun hoy existe una mayoría de las muchas carreras de Psicología y formaciones en Psiquiatría que no tienen una cátedra introductoria al psicoanálisis en sus currículos mínimos. Sin duda, en los últimos años, el panorama ha cambiado sustancialmente y de manera sumamente interesante en el caso de algunas iniciativas, aunque, también, escandalosamente desvergonzadas en el caso de otras. Numerosos

---

<sup>66</sup> *Ibid.*

son los programas de postgrado en psicoanálisis y las vinculaciones entre las instituciones psicoanalíticas y la universidad son diversas y, muchas veces, fecundas. El psicoanálisis ha sobrepasado, incluso, los límites de la psicología y de la psiquiatría, para insertarse en Facultades chilenas de Filosofía, de Literatura y de Arte. Sin embargo, estamos aún muy lejos de lo óptimo e, incluso, muy lejos, tanto de nuestros vecinos allende los Andes, como del desarrollo del psicoanálisis en las universidades mexicanas, brasileñas y uruguayas.

## Para concluir...

Sin duda, ninguna de las experiencias que hemos comentado aquí, ha logrado desarrollar aquel plan ideal de estudios que defendía Freud<sup>67</sup> para la formación de psicoanalistas. Según aquel currículum, el estudiante de psicoanálisis no sólo debía cursar ramos de anatomía, de neurología o de historia de las psicoterapias, sino que, también, cursos de literatura, de filosofía, de arte, de mitología, de historia de las religiones y de las civilizaciones, entre otros. Hasta hoy, dicho programa nunca ha sido realizado en ninguna universidad del mundo, pero tampoco se ha efectuado en ningún Instituto de Psicoanálisis del planeta, sea de la orientación que sea. Sin embargo, queda el consuelo de que la historia de la inserción del psicoanálisis en la universidad parece haber realizado varias veces aquel recorrido curricular, reafirmando con ello la consideración freudiana según la cual el psicoanálisis se integra ampliamente a las disciplinas reunidas en la *universitas literarum* y bastante menos a aquellas que conforman la *universitas scientiarum*.

Si bien es probablemente cierto que, como lo indicaba Freud<sup>68</sup>, el psicoanálisis puede prescindir de la universidad para su transmisión, su inserción en centros universitarios ha resultado altamente beneficiosa para la reflexión psicoanalítica en la medida que la obliga a confrontarse a la discusión, siempre valiosa, con otras disciplinas. En tal sentido, es posible que el psicoanálisis nunca se haya visto más expuesto a las bondades de la interdisciplinariedad que cuando se ha encontrado inserto en contextos universitarios.

---

<sup>67</sup> S. Freud, "¿Debe enseñarse psicoanálisis en la universidad?"..., *art. cit.*; S. Freud, "¿Pueden los legos ejercer el psicoanálisis?"..., *art. cit.*

<sup>68</sup> *Ibid.*.

Sin embargo, es preciso señalar que, pese a su riqueza, dicho diálogo interdisciplinario se da en un contexto global de la resistencia de la universidad hacia el psicoanálisis. En efecto, el psicoanálisis ha sido objeto de una negación mayor por parte de la Universidad, la cual nunca le ha concedido el estatuto de disciplina independiente determinada por un campo epistemológico específico. En tal sentido, la inserción del psicoanálisis en campos disciplinarios distintos al suyo no siempre ha redundado en interacciones fecundas, sino que, en algunas ocasiones, ha amenazado con reducir el psicoanálisis a una sub-disciplina o a una mera orientación subordinada a un campo más vasto que le otorgaría su marco epistémico.

Así, el psicoanálisis en la universidad también se ha visto expuesto a múltiples desviaciones, de las cuales podríamos indicar las tres más frecuentes y que se desprenden de algunas de las experiencias que aquí hemos examinado. Inserto en ciertos contextos universitarios médicos, el psicoanálisis se ha visto, en ocasiones, sometido a una dependencia de la psiquiatría para servir como una especie de complemento de alma de perspectivas biologizantes que, de una manera u otra, retornan al viejo proyecto inaugural que Morel plasmó en la teoría de la degeneración. Por otra parte, contextos universitarios más cercanos a la psicología se han visto tentados de transformar el psicoanálisis en una mera perspectiva psicológica que, complementaria con otras, pasaría a conformar un dispositivo de normalización social a través de la promoción de un ideal de bienestar ideológicamente orientado. Finalmente, en contextos universitarios vinculados a la filosofía, el psicoanálisis ha sido muchas veces reducido a una orientación filosófica respecto de la naturaleza humana y de la sociedad, olvidado que, como lo indica Milner<sup>69</sup>, el psicoanálisis no constituye una filosofía, sino más bien una antifilosofía. En el fondo, todas estas desviaciones universitarias no hacen otra cosa que transformar el Psicoanálisis en una *Weltanschauung*, cuestión que Freud<sup>70</sup> mismo se preocupó claramente de denunciar y de demostrar en su enorme dificultad.

Muchas gracias por su atención.

---

<sup>69</sup> J.-C. Milner (1983), *La obra clara*, Bs. Aires: Manantial, 1996.

<sup>70</sup> S. Freud (1933), "35ª Conferencia. En torno de una cosmovisión." en *Obras completas*, Bs. Aires: Amorrortu, 1982, vol. 32, pp. 150-165.